

PENSAMIENTOS AJENOS

ULISES CEMONTE

I.

Jueves a la noche. El remis me deja en la puerta de Gambito. Cuando quiero entrar me frena un patovica. Humano. Y enorme. Como una montaña. Puro músculo. El cuello mide lo mismo que una columna del Congreso.

—No podés pasar: noche de marcianos —dice, seco.

—¿Y vos?

—Es diferente, soy un empleado. Además, estoy afuera. Literalmente afuera.

Desde que a los patovicas le exigieron títulos universitarios son más insoportables que antes. Pero hay cosas que no cambian. Tomo un billete de mil y se lo deposito, subrepticamente, en la palma de su mano. Lo guarda y, antes de correrse, me indica que le pida a la chica de la entrada una máscara. Ingreso por un pequeño pasillo. A la izquierda está el guardarropa. Lo atiende una marciana esbelta, más alta que las habituales. Sus antenas titilan en la oscuridad. Le digo que me mandó el patovica. La marciana, sin emitir palabras, saca de abajo del mostrador tres caretas. Son los últimos Papas. Le señalo la de Juan Pablo II. Me la da. Me la pongo. Ella me suma unas antenas. Son de utilería y se notan. No creo que pueda engañar a nadie. Supongo que no importa. Me las calzo en mi cabeza y me enfoco con mi celular. Mi disfraz me divierte, es bueno, a veces, jugar a cambiar de piel. Entro. La pista está que explota. Hay marcianos, pero también humanos con sus respectivas máscaras. Avanzo entre la gente y voy hasta la barra. Después de un rato logro que me preparen un Zerpa, con más Aperol que tequila. Pago y lo bebo de un trago. Pido otro. Ponele más Combier esta vez.

II.

Me despierto en uno de los reservados. No llevo puesta la máscara. Ni idea dónde quedó. Eso sí, aún conservo las antenas. Por lo demás, un marciano duerme apoyado en mi hombro. Tiene un rostro perfecto, con nariz humana. Las cirugías son cada vez mejores. Los ojos maquillados le dan un aire encantadoramente lúgubre. De todos modos, lo que más me gusta de él son sus antenas, con forma de tulipanes, de un azul ópalo. Podría aprovechar, ahora que está dormido, y acariciarlas, pero me acuerdo que hoy cobre el sueldo y que ando con toda la plata encima.

En el movimiento que hago para tantear si aún tengo en el bolsillo de adentro de mi campera el sobre con el dinero, el marciano se despierta. Quedate tranquilo que, salvo tu corazón, no te robé nada, dice y me da un largo beso. No recuerdo haberlo besado antes. Por el tamaño de su lengua intuyo que es joven. En su planeta sería menor de edad. No un niño, pero tampoco un adulto. Dieciséis años en parámetros nuestros. Me llamo Ismael, digo.

Sí, ya te habías presentado. Yo soy Rednik, ¿te acordás? Le propongo ir a una de las habitaciones de arriba. Dale. Subimos. Es un cuarto ambientado como en las películas del Lejano Oeste. Me pongo un vestido con volados y un buen escote. Pese a que no tengo tetas, me queda hermoso. Él se viste de cowboy. En realidad, es un chaleco y un cinturón con cartucheras. Le suma un sombrero que queda aplastado entre las dos antenas. Me río. Estoy feliz. Lo hacemos. Primero en modo humano, después marciano. Acabo sólo la segunda vez. Nos quedamos acostados en el suelo. Pensamientos marcianos invaden mi mente. Es una sensación única, de limbo, que precede a la inmediatez utilitaria del orgasmo. Podría quedarme así toda la vida. Pero los marcianos tienen un problema: les gusta hablar. Mi cowboy interrumpe mi estado de nirvana para preguntarme a qué me dedico. Vendo espejitos de colores. No entiende. Trabajo en una agencia de publicidad. Recién entonces se ríe. Él me cuenta que llegó hace menos de un año, gracias a un primo que está desde el 2000. ¿Te gusta nuestro planeta?, le pregunto. No, pero la Argentina sí.

Después volvemos a hacerlo. Él quiere del modo humano, yo marciano. Tiramos una moneda. Sale la opción que había elegido él. A modo de festejo deja escapar un alarido agudo. Los espejos del cuarto tiemblan. Me besa. Volvemos a hacerlo. Como humanos. Lo disfruto más que la primera vez, aunque extraño esa albaquía de pensamientos marcianos que me quedó cuando lo hicimos a la usanza de su planeta. Antes de irnos le paso mi número de teléfono. Ya me lo habías dado, dice.

III.

Cinco días después, Rednik me manda un mensaje. Quiere verme. Le digo de encontrarnos en Gambito. Él prefiere que vaya a su casa. Dudo. Tiro la moneda. Le digo que sí. Vive en Wilde, en un monoambiente en la calle Belgrano. En el palier hay un desfibrilador de antenas. Le pregunto si en el edificio son todos marcianos. No, pero el dueño sí. Entramos a su departamento. Compró comida. Para mí. Fajitas de carne. Hay cerveza. No tengo mucha hambre, pero igual como. Está rico. La cerveza también. Hablamos. Le cuento de una campaña publicitaria de shampoo para perros. Estaba en el set un grupo de defensores de animales y en un momento uno de los ovejeros aparece con espuma en la boca. Pensaron que tenía rabia y

nosotros también, hasta que nos dimos cuenta que era del shampoo. Me río. Rednik no. No entiende. Le explico. Sus antenas comienzan a titilar. Se lo nota contento. Después de comer prepara unos tragos marcianos. Me propongo ser medido, tomar poco. Pero no lo logro. Lo hacemos. En modo humano. Es un buen amante. Pero yo necesito más. O, en realidad, otra cosa. Pensamientos marcianos. Se lo pido, le pido que lo hagamos como en su planeta. Él accede, aunque sin estar demasiado convencido. Acabo. Pero no alcanzo a quedar en ese alucinatorio estado de nirvana de la vez de Gambito. Se lo digo. A veces pasa, reacciona. Algo entre nosotros se rompe o en realidad parece más bien que no termina de zurcirse. De todos modos, seguimos charlando. En algún momento me besa. Bebo cerveza. Nos dormimos. Despierto a mitad de la noche. Rednik está acostado en el piso, boca para arriba, las antenas vibran levemente, es algo así como un ronquido. Tengo sed, pero en la casa no hay heladera, tampoco agua, ni canilla. Me visto. Junto al llavero encuentro un cartel con el código para abrir la puerta del palier. Cuatro números que, abajo, pulso. Salgo a la calle. Es una noche lunar. No hace frío, pese a ser agosto. Una sensación de bienestar recorre mi cuerpo. Pero aún tengo mucha sed. En una estación de servicio compro una Coca grande. Me siento en una de las mesas. Tomo medio litro, casi de un trago. Los pulmones me explotan, es como si pretendieran romper las vértebras. Me obligo a respirar pausado. Al rato puedo tranquilizarme. Cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir descubro que Rednik está sentado delante mío. Fuma. Debe ser la clásica albaquía del pensamiento marciano, porque dentro del local no se puede fumar. Además nunca lo vi a él, ni a ningún marciano fumando. Me tira el humo en la cara. Se siente tan real que me asusta. No pienso hablarle. Pero me cuesta ignorarlo. Mueve sus labios. No salen palabras, ni nada. Cierro los ojos. Los abro. Él sigue ahí. Tomo un trago más de Coca. Me levanto. Supongo que Rednik va a seguirme. Me equivoco, permanece sentado. Juega con las volutas de humo que forma con su boca.

Al otro día me escribe un mensaje: ¿Por qué te fuiste anoche? Le explico que me gusta dormir en mi casa, en una cama. Entiendo. Nos mandamos un par de audios. Le pregunto si fuma. Sí, la nicotina es lo más. ¿Por qué nunca te vi hacerlo? Me responde que es una práctica íntima, por fuera de la mirada de otros.

IV.

Comienzo a fantasear con la idea de convertirme en marciano. Leí un par de casos en una revista. Pero la intervención no es sencilla, ni barata. Con mis ahorros no llego a cubrir ni siquiera la mitad de lo que sale. Se lo comento a Rednik. ¿Por qué querías ser marciano? Por

los pensamientos, le digo. Quiero tener, todo el tiempo, pensamientos marcianos. ¡Qué estupidez!, me responde.

V.

Con Rednik nos vamos de vacaciones. A la zona de cuyo. Yo estoy interesado en la ruta de los vinos. Él quiere pasar cinco días en el Valle de la Luna. Dice que a veces extraña un poco su planeta, la aridez del suelo, esa cosa encantadoramente inhóspita de Marte. Alquilamos unas cabañas en un complejo que hay en la entrada del Valle. La primera noche nos hacemos amigos de una pareja: Mara y Joris. Ella es diseñadora gráfica, nació en Perú, pero a los veinticinco años viajó a Ámsterdam para sumarse a la empresa digital que maneja él. Preparamos un cordero al asador. La cerveza la ponen ellos. Durante la cena Rednik está un poco ausente. Mantiene esa típica cordialidad marciana, pero lo conozco, creo que nuestros vecinos lo aburren un poco. Los ojos adquieren una tonalidad blancuzca, de ausencia. En algún momento se lo digo. No, es idea tuya. Cuando terminamos de comer, nos reunimos en torno a un fogón. Mara comienza a entonar canciones infantiles nórdicas. Ella me parece hermosa. Estoy un poco borracho. En algún momento me quedo dormido. Despierto a la mañana, en la cama. Todo mojado, por la transpiración. También me hice pis. Rednik no está. Saco las sábanas, mi ropa y la meto en una bolsa. Me cambio y salgo a la puerta. No lo veo. Joris está sentado en una reposera, leyendo un libro. Lo saludo. El me devuelve el gesto con una especie de gruñido. Desayuno dentro de la cabaña. Café sólo y dos tostadas. Más tarde voy al lavadero del complejo. Busco a Rednik. No está. Ni en la recepción, ni en la confitería, ni en el espacio de juegos, tampoco en la librería. Compró un libro de poemas de una autora marciana que supongo que a él le va a gustar. De nuevo en la cabaña lo comienzo a leer, acostado en la cama. Me aburro. No tardo en quedarme dormido. Unos golpes a la puerta me despiertan. Está oscuro. Tengo gusto seco en la boca y la cabeza me late. Me levanto, abro: es Mara. Me pregunta si queremos acompañarlos a hacer el Circuito de la luna. Le consulto la hora. Son las ocho, me dice. ¿Lo viste a Rednik? Ella niega con un movimiento de cabeza. Dame un minuto, le digo. Okey. No sé si preocuparme o no. Tampoco si ir o no. Quizás mi novio esté en el Valle de la Luna. Es una posibilidad. Tiro la moneda. Me pongo algo de abrigo y salgo. Mara me espera en la puerta. ¿Y Joris? Se queda, nos alcanza después. Nos sumamos a un contingente de turistas. Un grupo de diez personas, los europeos vestidos como si fueran a un safari, los norteamericanos con ropas deportivas, holgadas. También hay una pareja de ancianos japoneses: sus cuerpos son pequeños, como encogidos y un tanto andróginos. Parecen las versiones femeninas y masculinas de ellos mismos. Él carga un telescopio portátil. La guía,

una marciana rechoncha y simpática, anuncia que esta es la entrada al paraíso, pero en la tierra. Mara aplaude. También los norteamericanos. Los japoneses se miran entre sí. Comenzamos a caminar. La luna lo ilumina todo. No parece de noche. Se lo digo a Mara. Ella sonríe. Y toma mi mano. A medida que avanzamos la guía repite mecánicamente datos. Del lugar, del cielo, de los fósiles. Mara sigue tomada de mi mano, pero no acompaña ese gesto con ninguna otra demostración de afecto. Eso está muy bien: me siento acompañado y, a la vez, no invadido. El paisaje ayuda, aunque de a poco parece ir cobrando mayor presencia, como si ingresáramos a una gelatina. Me dejo embriagar por el entorno. El suelo arcilloso amortigua mis pasos, el horizonte se diluye en imperfecciones terrosas, es una fusión, un hule de añil. Viajo en el núcleo del Big Bang. Se parece al sentimiento holístico de los pensamientos marcianos. Mara tironea de mi mano. Una vez. Y después otra. Tardo en responder a su llamado. La miro: me señala con el mentón mi entrepierna. Tengo una erección romana. Ella sonríe. Avergonzado, suelto su mano, encorvo mi espalda, me escondo en mi propio cuerpo. Mara vuelve a tomarme de la mano, ralentiza el paso, me lleva con ella. Nos escondemos detrás de una roca. Esperamos, en cuclillas, un rato. La voz de la guía se va apagando, hasta perderse. Mara se pone de pie. Vamos más allá. La sigo. Ella se detiene frente a un fósil que parece un diván. Vení. Me acerco. Comienza a besarme. Sus manos se mueven. Por todo mi cuerpo. La dejo hacer. Delicadamente me empuja hasta que logra acostarme sobre la superficie atávica. Observo el cielo. Algo de su perfección lo vuelve irreal, de juguete. Pierdo la fe. Mara ya está sentada sobre mis muslos, vuelve a besarme, pero mi cuerpo, cada una de sus partes, ha adquirido una laxitud indisimulable. Ella lo nota pero insiste. Está dispuesta a seguir hasta el final. Pero no hay final, sino la comprobación, después de varios intentos de que entre nosotros no va a pasar nada. El desierto se impone. Maricón, me dice, mientras acomoda su ropa. Sos un puto maricón. Yo también me acomodo la ropa. Ella camina, con una energía renovada, seguro motorizada por el enojo. La sigo. Rápidamente pierde el impulso inicial. No sabe a donde ir. Yo obviamente tampoco. Como en los cuentos infantiles y en las malas comedias, de lo único que nos damos cuenta es que estamos dando vueltas en círculo. Pasa un largo rato, una hora, quizás más. Escuchamos unas voces que nos llaman. No es la marciana, son voces de hombres. No usan nuestros nombres, gritan: “Turistas, turistas perdidos.” De alguna manera logramos que la referencia sonora se acople a la espacial y ellos y nosotros, nos encontramos. Volvemos al complejo. Joris no la espera en la puerta, sino adentro. Chau, maricón. Antes de entrar a mi cabaña veo que las luces están prendidas. Rednik, pienso. Abro, entro, lo veo. Está sentado en la cama, con las piernas cruzadas. Fuma: tiene un cigarrillo en cada antena. El humo sale por su boca. A medida que los cigarrillos se consumen, las cenizas caen como lluvia áspera. Su

aspecto tiene algo de faquir. Se lo digo. No entiende. Le explico. Sonríe. Después me dice, me vuelvo. Necesito volver a mi planeta. Me acerco. El humo del tabaco me marea. Le pregunto dónde estuvo. Por ahí, me responde. Le cuento lo que me pasó, pero solo una parte, la de qué nos perdimos con Mara. Me siento a su lado. Sus brazos largos y fríos me envuelven. Lo beso. Uno de los cigarrillos cae sobre la cama. Damos un salto. Él toma el cigarrillo. En el acolchado se formó una pequeña quemadura. Retira de su otra antena el que aún quedaba encendido. Lo apaga. Vuelvo a besarlo. Lo hacemos. En modo marciano. Él ejecuta cada uno de sus movimientos con precisión quirúrgica. También con la frialdad de un cirujano. Acabo. Y me hundo en pensamientos marcianos que esta vez tienen una geografía lúgubre, pero a la vez pueril, como si fuera una fiesta de Halloween. De todos modos, lo disfruto, es una pecera en la que me gustaría permanecer por siempre. Rednik no me habla. Supongo que se fue. Pero no me importa. Tengo su albaquía. Cuando me despierto no está. En ninguna de sus versiones. Cerca del mediodía dejo la cabaña. Antes de subir a mi auto, dudo si pasar o no a saludar a Mara y Joris. Tiro la moneda. Sale que sí, pero finalmente no lo hago, arranco, me voy. Durante el resto del viaje la sensación de liviandad le gana a la de melancolía. Tomo mucho vino. En las bodegas, en los restaurantes, en mi habitación, cuando manejo. Pese a todo, sobrevivo. Debo tener un Dios aparte. Regreso a casa. Esa semana Rednik me manda una caja con mis cosas, en un remis. No era mucho lo que tenía en su departamento de Wilde.

VI.

Después de dos años logras juntar el dinero para operarte. Estás en la cama de una clínica, tu cuerpo en reposo. Te miras las manos: verdes y con dedos largos. No pudieron agregarte luz en el meñique. Gracias a esa falla, lograste un buen descuento. Todavía no te miraste al espejo, preferís seguir con esa sensación expansiva que invade tu organismo. Sospechás, que, al verte, tu percepción te limite, que los contornos ópticos te abroquelen sobre la idea que tenés de vos mismo.

VII.

En el patio de comidas del Shopping de Avellaneda te cruzás con Rednik. Está sentado en una de las mesas, cerca de la fuente de agua. Lo acompaña una mujer. Ella parece de treinta. Tiene una belleza clásica, y estilizada. Lleva el cabello recogido y los labios pintados de azul. Su rostro te resulta familiar. Dudás en acercarte. No trajiste tu moneda, así que decidís por tu cuenta, sin ayuda del azar. Caminás lentamente, tu nuevo cuerpo te llevo a ser precavido. Todo lo cercano se aleja, todo lo lejano se acerca. El entorno se ha vuelto una amenaza. Tus viejos

parámetros ya no sirven. Los perdiste. También la vista periférica. Y la distancia. Por eso medís cada uno de los pasos que, ahora sí, indefectiblemente te llevan cerca de ellos. Te detenés delante de Rednik. Ante el peso de tu presencia, él levanta la vista. Ya no usa los ojos pintados, pero la nariz le sigue dando un aire de eterna juventud. ¿No me reconocés? Sus antenas te examinan. Soy yo, Ismael, decís. Su rostro vacila entre el asombro y la incredulidad. Estás divino, te dice. Ahora son tus antenas las que comienzan a titilar. Te invita a sentarte. Un segundo nada más, aclarás. Te presento a mi novia, anuncia, protocolar. Ella te extiende su mano. Tus dedos largos y verdes envuelven los suyos. No podés quitar la mirada de su rostro. Daniela Catalán, la presenta Rednik. ¿La actriz?, decís. La actriz, confirma él. Me gusta lo que hacés, decís. Ella agradece. Escuchás que Rednik le explica: Él es Eric Stoltz. Ella deja escapar un suspiro risueño. ¿Eric Stoltz?, preguntás. Eric Stoltz era la primera opción para protagonizar “Volver al Futuro”, un gran actor. Pero tenía un problema, se había tomado la historia del viaje al pasado en clave dramática. Hacía una interpretación brillante, pero demasiado solemne. Y la película iba por otro lado. ¿Ese sería yo?, ¿un tipo que se toma todo en serio?, querés saber. No te enojés, se apura a decir Rednik, cuando estábamos juntos yo era igual a vos, era, también, un poco Stoltz. No querés caer en la tristeza así que te levantás de la silla. ¿Estás ofendido? No, tengo cosas que hacer. Esperá, te frena, ¿cómo lo vas llevando?, ¿Ya te acostumbraste a tu *marcianidad*?, te pregunta. Sí, me siento fantástico, es más de lo que imaginaba, mentís. ¿Y tus planes para volver a Marte?, lo apurás. Sus antenas se ponen en alerta. Es un proyecto a futuro, pero ahora la prioridad es la carrera de Dani, afirma y pasa su brazo por sobre el hombro de ella. Sonreís, aunque sos consciente de que el gesto debe haberse visto como otra cosa. Algunos movimientos te cuestan sincronizarlos con tu anterior matriz orgánica. El médico encargado de tu cirugía te recomendó que practicaras frente al espejo. Lo hiciste. Un tiempo. Después, todo ese asunto te aburrió. Me alegro que te hayas acostumbrado a tu nuevo aspecto, te dice Rednik. Por un momento se te cruza la idea de contarle la verdad, reconocer que tus pensamientos marcianos no tienen la misma albaquía que cuando invadían tu mente humana, que lo ajeno, ahora que se volvió propio, te aburre soberanamente. Pero volvéis a sonreír o lo que sea esa mueca que hacés, los saludás a ambos, das media vuelta y, tropezando con las mesas, te alejás, lo más rápido que podés, a la velocidad de la luz.